



El Mercurio, Santiago, 30. VIII. 1970, p. 3

Crónica Literaria

Por ALONE

711 965

Carlos Rozas Larraín.— Varios rasgos hacen de Carlos Rozas una figura representativa de nuestro tiempo, no sólo interesante como persona, sino como personalidad.

Juntabanse en la suya el señor a la antigua, heredero territorial de haciendas que su familia cultivaba desde la Colonia; el refinado magnífico, que apreciaba la buena mesa y su generosa hospitalidad; el entendido en decoración doméstica, que apreciaba la calidad y gustaba vivir a lo grande, unido al sentimental apasionado que inspiró y sentía el amor un tanto heroicamente; por último, reuniéndolos, como fruto maduro, el artista admirablemente dotado capaz de recoger sus experiencias y narrarlas, mezcladas a la fantasía en dosis justas con un innegable don de estilo.

Habría que añadir aún, episódicamente, el político militante de la juventud, el aventurero de las excursiones campesinas, cordilleranas y marinas, el que, como postrera actividad, se dedicó a los negocios, resignado al comercio.

Un rico haz de posibilidades que se desarrollaron desigualmente, algunas contrapuestas a otras, pero que mantuvieron la unidad de su carácter, íntegro, hecho de virtud y delicadeza.

Los setenta años de su vida lo muestran, ahora, al morir, como un bloque de metal bien fundido y cuspado, vetado de líneas cambiantes que se cifan a las de su tierra a través de la época en evolución.

La que Chile está experimentando sería otra, ciertamente, si en su clase, dueña del poder y las influencias, hubieran abundado más y resistido mejor los que, como Carlos Rozas Larraín, recibieron para continuarlos sus tradiciones, su dignidad laboriosa, su espíritu de sacrificio señorial.

Pero suplían vientos contrarios cargados de imponderables.

Como el árbol crea la flor, la rama de Carlos Rozas produjo la exquisitez, todavía robusta, ya expuesta y en peligro.

El señor antiguo al hacerse cortesano abrió camino a las fuerzas que emergían, audaces, codiciosas. Un claro en las filas del incansable esfuerzo y el torrente se precipita, ávido, buscando las juntas de la cornisa.

La actitud caballeresca se vuelve anacrónica y las nuevas armas son aprovechadas para destruirla.

Entonces, el sentimiento delicado, esa debilidad, las complicaciones de la sensibilidad, la fascinación de la fantasía, la complacencia deleitosa y los estímulos del lujo, crean la evasión del arte, ofrece un mundo superior, imaginario, hace brotar, nutrido de jugos vitales, observaciones, recuerdos, experiencias, poesía y realidad, al escritor.

Una Historia Literaria de 1962 trae esta pequeña semblanza de Carlos Rozas que nos permitimos reproducir:

"El mundo literario es una extraña égua. Mientras algunos, todavía impúberes, a veces sin talento, luchan por producirse, publicar, atraer la atención y hacen por conseguirlo mil esfuerzos, realizan incluso desproporcionados sacrificios, otros, con todos los medios, con todos los caminos a su disposición, se retraen, aguardan, resisten silenciosamente largos años, hasta que un día, casi contra su voluntad, en los límites de la madurez, lanzan un solo libro que inmediatamente les consagra y revela como valores desconocidos.

"El caso de Carlos Rozas.

"Era un hacendado que cultivaba tierras de su familia transmitidas por herencia desde la Colonia; fue parlamentario

conservador, hombre, además, de negocios, de grandes negocios, refinado, elegante, buen vividor.

"Algunos murmuraban que escribía.

"Nada más.

"De pronto aparece su libro, "Isle, Negra" especie de crónica de un balneario famoso donde impera Neruda. Allí, entre broma y broma, interesa dos relatos simplemente magistrales. Una historia inventada del constructor de una barca. Carlos Rozas ama la navegación a vela y es piloto de mar consumado. El otro es el retrato de un "rolito" que conoció en el campo, pintado con gracioso dibujo y tal color que se le ve, se le oye, se le siente andar.

"El resto está bien, demuestra humor liviano y mucha soltura; pero son páginas de aficionado sin pretensiones.

"El cuento del constructor y la historia de "Pellejo" merecen la antología.

"Un concurso de cuentos organizado por la revista norteamericana "Life en Español", al que se presentaron tres mil y tantos trabajos, Carlos Rozas con "Barro Negro", obtuvo mención especial".

A este libro inicial, donde prima la anécdota que interesa al vecindario y le atrae la popularidad inmediata, siguieron otros, de cuentos, de novelas, encasando la vida del autor por el medio literario.

Mirados a distancia, sin reboresos (la gran crítica, la crítica de la memoria), traza una sucesión de imágenes y manchas de color, más que de personajes sobrevivientes.

Alguien observó entonces que no había en las letras nacionales libros "mejor amoblados" que los de Carlos Rozas ni donde los placeres del paladar se saborearan con tal fruición. Tal vez podrían competir con ellos las novelas de Luis Durand, aunque éste, más campesino, prefería lo abundante y lo suculento; pero ambos fueron insignes preparadores de un festín. Desde vertientes distintas, los dos bujaron al manantial del pueblo, rosa que en una parecía lógica y sola en el otro causar sorpresa.

Tal como Luis Durand, entre muchas páginas estimables, compuso esas que no se pueden olvidar de su cuento "Afuerines", lo primero que se presenta, al evocar la producción de Carlos Rozas, no son sus narraciones novelescas, donde hay trozos espléndidos, ni sus relatos cortos, muy bien trabajados, sino ese juguete ligero, ágil, lleno de malicia popular, del patrón y el obrero se juntan para dar un tipo, el peón transeúnte, su silueta mínima, su asombroso vigor, lindante entre el chiste y la magia, el realismo y la superstición.

Hubo en él algo de irrealizado, de no conseguido plenamente, de promesas y esperanzas que se lograron a medias.

Acaso,

Lo que en él persiste en el fondo y toma proporciones de símbolo es el caballero jamás desmentido, con sus firmes raíces en una época, en una clase, en lo mejor de las tradiciones; que se podía desviar sin doblarse, construido de material indestructible; en quien se podía confiar siempre, hombre "según su corazón", sereno ejemplar de raza que condescendía sin descender y en cuya sangre estaban presentes los suyos, tal vez a futas entristecidas, jamás decepcionadas.

Así lo vieron sus amigos y es como lo recordarán, para comprenderlo, sus lectores.

Carlos Rozas Larraín [artículo] Alone.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos Rozas Larraín [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile